

6. Desagrarización, despoblación y transformaciones de los mercados de trabajo rural¹

Luis Camarero² y Julio A. del Pino³

6.1. INTRODUCCIÓN. DESAGRARIZACIÓN Y NUEVA RURALIDAD

La ruralidad como conjunto de pueblos y tradiciones es producto de un largo proceso histórico de ocupación del territorio y de aprovechamiento agropecuario del medio. Este periodo secular terminará de forma brusca a mediados del siglo pasado en un momento que podemos referir con el término desagrarización. La desagrarización pondrá fin al monopolio que tenía una sola actividad, la explotación agropecuaria, en la determinación de la subsistencia y los ritmos de la vida rural, pero también en el soporte de las estructuras sociales basadas en la desigualdad de la propiedad. Bajo la apariencia de la continuidad del pasado nuestros pueblos y las formas actuales de vida rurales son, sin embargo, herederos de un momento de cambio radical. Apenas ha pasado una generación desde la desagrarización y coexiste la presencia patrimonial del pasado con la adaptación al presente.

La desagrarización es efecto y, a la vez, vector del proceso de modernización que experimentan las sociedades europeas durante el siglo xx. En las áreas rurales, la desagrarización desemboca en el conocido proceso de éxodo rural que alimenta el crecimiento urbano y el desarrollo de las economías de servicios contemporáneas.

El éxodo rural produce un paisaje de fuerte desequilibrio generacional, que condiciona las características, en términos de capital social de las capacidades productivas, de las formas de subsistencia, y a la vez de forma determinante de las condiciones de reproducción de las poblaciones rurales.

El proceso de modernización viene acompañado de una transformación demográfica profunda, que combina el incremento inusitado de la esperanza de vida y de la longevidad con una reducción notable de la fecundidad de las mujeres y los nacimientos y del aporte natalista.

¹ Este trabajo se enmarca dentro de las actividades del Proyecto de I+D+i «Poniendo el foco en la brecha rural: accesibilidad, movilidades y desigualdades sociales (PID2019-111201RB-I00)», financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

² Universidad Nacional de Educación a Distancia.

³ Universidad Nacional de Educación a Distancia.

Las poblaciones rurales bajo la ola de la desagrarización y modernización adaptan sus actividades a nuevos contextos, en los que toman protagonismo las actividades conectadas con el cambio cultural que supone la modernidad tardía o posmodernidad de las sociedades globales en el tránsito hacia el siglo xxi.

Hay un nuevo modelo de intercambio de flujos urbano-rurales más allá del tradicional mecanismo de trasvase de alimentos y mano de obra. Se ponen en circulación consumos culturales y de resignificación identitaria que marcan nuevas formas de interacción urbano-rural y desarrollan las denominadas economías pos productivas. Las poblaciones rurales desarrollan crecientemente un modelo de funcionamiento basado en la movilidad.

Las áreas rurales quedan lejos del ideal autárquico agrario, se encuentran insertas en un modelo funcional de fuerte interacción metropolitana. En este recorrido, primaremos la visión de los pueblos como nodos de comunicación antes que comunidades locales dentro de nuestra aproximación a los procesos de cambio y a la interpretación de los mercados de trabajo rurales.

6.2. DESAGRARIZACIÓN Y URBANIZACIÓN EN EL PROCESO DE MODERNIZACIÓN

La gran transformación que sufre el modelo de desarrollo español durante el siglo xx se puede visualizar mediante el gráfico 6.1. La figura resume la tendencia y los ciclos del continuado descenso del peso que tiene el trabajo agrícola y la progresiva y paralela concentración poblacional en áreas urbanas. Los datos permiten observar la transición de una España de economía fundamentalmente agraria, donde cerca del 70 % de la ocupación tiene que ver con la agricultura, y fuertemente rural, donde más de dos terceras partes residen en pequeños municipios, hasta convertirse en un país de raíz urbana. Al finalizar el siglo xx, la ocupación en el sector agropecuario se sitúa en el 5 % (en la actualidad incluso está por debajo del 4 %) y la población que reside en los pequeños municipios se queda reducida al 25 % en el cambio de siglo y hasta el 20 % en la actualidad.

Desagrarización y urbanización son tendencias que van acompañadas en el tiempo al compás de ritmos y velocidades distintas que impone el periodo de guerra en España y Europa durante el segundo tercio del siglo. Es en la segunda década del siglo xx cuando arranca de forma visible un intenso proceso de liberación de mano de obra agraria. La mejora de la productividad agrícola por efecto del empleo de abonos minerales, de la incorporación de maquinaria, y de nuevas orientaciones productivas (Jiménez Blanco, 1986) dirigidas al consumo industrial permiten el trasvase de población agraria hacia las áreas urbanas que comienzan a desarrollarse. Los trabajos de García Barbancho (1967) muestran de forma clara el despunte del éxodo rural en esas primeras décadas del siglo xx. El desplazamiento poblacional en esos años hubiera podido ser aún mayor si hubiera existido entonces un sistema urbano consolidado con capacidad para generar una demanda más elevada (Silvestre, 2001). En esos años, el éxodo convive con los desplazamientos temporales que son

una constante del periodo preindustrial (Silvestre, 2002). La insuficiencia de las economías agrarias se amortigua a través de la pendularidad estacional que protagonizan pequeños propietarios familiares y campesinos, que asumen periodos de actividad como obreros manuales y recolectores.

La Guerra Civil pondrá en cuarentena la desagrarización que se verá interrumpida durante la posguerra (Naredo, 1986). De hecho, dentro del ideal político de autarquía que establece el Gobierno de Franco, la ocupación agraria volverá a crecer. A principios de los sesenta, con el denominado aperturismo del régimen dictatorial, se inicia un fuerte periodo de crecimiento económico urbano e industrial que reduce de forma drástica en tan solo dos décadas la ocupación agraria y también el peso que tenía la población rural. El éxodo, que guerra y dictadura habían paralizado, se reactiva con una intensidad mayor gracias a la fuerte demanda de mano de obra en los países centroeuropeos en reconstrucción, amén de la puesta en marcha de los planes de desarrollo que permiten la concentración de población en centros urbanos y los denominados polos de desarrollo con el aumento de la demanda interna y generalización de la sociedad de consumo.

El espíritu de la modernización agraria puede resumirse en el discurso que ofreció Rafael Cavestany, ministro de Agricultura, en 1955, con motivo del centenario de las Carreras de Ingeniero Agrónomo, Perito Agrícola y de la Escuela Central de Agricultura. El título de la conferencia ya es significativo: «Menos agricultores y mejor agricultura». En aquel discurso se señalaba que el 46,1 % de nuestra población activa agrícola tiene que reducirse en un 25 % por lo menos en un plazo breve (Cavestany, 1955, p. 31). Sin duda, el propósito marcado se consiguió con creces. En 1970, solo tres lustros después, la población activa agraria había bajado del 25 %; en ese breve periodo de tiempo la actividad agraria casi había perdido a uno de cada dos efectivos.

A finales de la década de los ochenta, puede considerarse que se ha completado de forma plena el proceso de desagrarización. Para entonces, el peso de la ocupación agraria se había reducido hasta el 10 % del total de los ocupados y su participación en el seno de las economías rurales había dejado de ser dominante. Menos de uno de cada tres ocupados, en municipios menores de cinco mil habitantes, tiene una actividad agropecuaria (Censo de Población, 1991, INE). Como señala Etxezarreta (1994), la agricultura se había integrado en la economía.

6.3. LA TRANSFORMACIÓN DEL MERCADO DE TRABAJO AGRARIO

La desagrarización no es solo una cuestión de reducción de efectivos sino una transformación radical de las formas de actividad agraria y, especialmente, de la relación que cobra esta actividad en el conjunto de formas productivas. Por una parte, la producción agraria dejará de dirigirse al consumo inmediato de familias y al propio insumo agrario para integrarse como forma creciente de *input* industrial. Es el denominado ajuste estructural (Abad y Naredo, 2002; Arnalte, 2006). Por otra parte, la agricultura se irá desprendiendo pro-

gresivamente de su vínculo local y territorial y se alejará de su función social de mantenimiento doméstico y organización comunitaria.

La agricultura cambia su orientación y escala y deja de ser familiar para convertirse en una actividad empresarial. Como podemos observar en el gráfico 6.2, la desagrarización se produce a partir de la reducción del componente familiar. Al comienzo de los años setenta, en las postrimerías del régimen franquista, encontramos que hay más de dos agricultores o ganaderos que son miembros de la explotación familiar por cada asalariado en el sector. En la actualidad, la relación es la inversa, hay dos asalariados por cada miembro familiar. Incluso, ya entrados en el siglo XXI, podemos observar un crecimiento del trabajo asalariado mientras se mantiene el declive de la agricultura familiar. La desagrarización es fundamentalmente un proceso de desfamiliarización de la actividad. La relación ideal y unívoca de una familia, una explotación, se disuelve. En la actualidad, dos de cada tres ocupados agrarios son asalariados.

González y Gómez (2000) han estudiado en detalle este proceso. Se trata de una desfamiliarización laboral que no empresarial. Desaparecen los trabajadores familiares y la actividad agraria se hace unipersonal, mientras que la propiedad, renta, dirección y organización siguen siendo familiares. En expresión de estos sociólogos, se produce un efecto perverso en la medida en que el futuro de la actividad, la renovación generacional, depende de la estrategia doméstica y, probablemente, opere la selección negativa que destine a los miembros con menor iniciativa a dicha ocupación y, en cierta medida, reproduce el estigma de la profesión.

Respecto al componente asalariado, podemos observar que su caída en número toca fondo durante las campañas 1995-1996, como resultado de la crisis de 1993, y mantiene desde entonces una tendencia de relativo ascenso. Este crecimiento nos advierte de la incorporación de mano de obra extranjera. De hecho, podemos comprobar que el crecimiento sostenido de trabajadores que se observa desde principios de siglo (gráfico 6.2) guarda relación con la presencia de extranjeros en la actividad (gráfico 6.3). Las cifras de mano de obra agrícola nacida en otros países van creciendo y llegan en la actualidad⁴ a superar la cifra del 40 %.

Ha cambiado la naturaleza de las unidades productivas y también la composición laboral. Sin embargo, no hay cambios apreciables en la presencia de mujeres en la actividad agraria. La agricultura es, hoy por hoy, una actividad masculinizada y es muy relevante que sea el único sector que no mejora hacia posiciones de igualdad en la composición del trabajo, incluso si la referencia de partida son los valores de los años setenta del siglo pasado. Al contrario, la tendencia del sector agropecuario es la reducción de la participación femenina (tabla 6.1).

⁴ Si observamos el periodo más reciente, comprobamos el efecto que ha tenido la crisis sanitaria de 2020. Con las distintas restricciones de movilidad y cierre de actividad, la intensificación de la presencia de mano de obra extranjera ha sido aun mayor.

Al observar las tendencias, son significativos también los dientes de sierra que muestra, en comparación con el resto de los sectores, la serie de agricultura. Entre los ocupados agrarios hay una importante fluctuación por temporada entre el número de hombres y de mujeres contratadas, variaciones que no son, sino una muestra de la mayor temporalidad que experimenta la participación de las mujeres en la actividad. En definitiva, observamos cómo se reduce progresivamente la presencia femenina en la actividad agraria, mientras se refuerza su carácter de mano de obra estacional. En la actualidad, se llegan a cifras de una mujer por cada cinco hombres ocupados en agricultura. Garrido y Chuliá (2020) analizan la escasa presencia de mujeres en la agricultura e interpretan dicha ausencia no tanto por un rechazo a las actividades agrarias, sino por la preferencia por otros sectores en los que la promoción y consolidación profesional tiene más posibilidades. El análisis que realizan estos autores abunda en la baja cualificación de los empleados agrarios. No obstante, si vemos en detalle los datos, puede apreciarse el efecto que ha tenido la crisis de 2008 sobre la participación femenina en agricultura. Hay una tendencia de descenso que podría ser interpretada en términos de expulsión de las mujeres de la actividad en momentos de restricción laboral para dar preminencia a los hombres.

Los datos anteriores muestran de una forma sintética la desconexión de la actividad agraria, que por antonomasia constituía el centro de la vida rural, del día a día de los habitantes de los pueblos de hoy. Encontramos una agricultura transformada, cuya base es crecientemente empresarial y que incluso ya no guarda relación siquiera con los mercados de trabajo locales. La persistencia de paro rural mientras hay demanda de trabajadores agrarios transcontinentales en las zonas agroexportadoras es un síntoma. Podemos resumir esta situación señalando que la agricultura exporta productos a la vez que importa trabajadores. Es una agricultura de enclave que da la espalda al territorio, a las áreas rurales e, incluso, como muestra la persistencia de la brecha de género, al conjunto de la sociedad (Pedreño, Gadea y Castro, 2014) (gráfico 6.4).

Las series del trabajo son expresión de la transformación que han experimentado las empresas agrarias y que Oliveira Batista (2021) denomina de forma genérica como «nuevo» capitalismo agrario. Atrás queda el debate originario sobre la transformación del trabajo familiar como excedente asalariado. Etxezarreta (1994) señalaba a la explotación familiar como colchón de subsistencia en el contexto de falta de oportunidades laborales en los entornos locales de las áreas rurales. Condiciones de precariedad y de bajos salarios que solo pueden sostenerse por el efecto del colchón familiar agrario. De esa forma, coexistía una agricultura marginal que funcionaba con baja rentabilidad y que mantenía un diferencial elevado respecto a las rentas con el resto de sectores. Las diferencias salariales se señalan como causa central del abandono de la actividad agraria y del obligado éxodo rural. Así, por un parte, la desfamiliarización actúa en cierta medida como eje de la integración de la agricultura en la economía, mientras que el proceso de ajuste estructural de las economías agrarias, con la incorporación de trabajadores transcontinentales, señala el giro hacia el nuevo capitalismo agrario.

6.4. DECLIVE DEMOGRÁFICO Y DESCAPITALIZACIÓN DEL TALENTO

El proceso de modernización implica un trasvase de población del campo a la ciudad. Señalaba Elzaburu en las *Jornadas de la Crisis de la Agricultura Tradicional* como lema: «Sí al trasvase de la agricultura a otros sectores; no a la emigración rural» (Elzaburu, 1974, p. 176). Expresaba así ya la idea que tendría el desplazamiento campo-ciudad como precio del proceso de modernización. El intenso éxodo rural de la segunda mitad del siglo xx condiciona aún hoy la estructura de la población rural.

El ajuste estructural de la agricultura es evidente en la década de los ochenta (Arnalte, 2006) a la vez que también el declive económico y desconexión de las áreas rurales. Comienzan entonces el debate sobre el desarrollo rural. El antecedente son las Leyes de Agricultura de Montaña. En la justificación normativa que expone el Consejo de las Comunidades Europeas se puede leer, con cincuenta años de adelanto sobre el debate más actual, la preocupación por la despoblación expresada en los siguientes términos:

El persistente deterioro de las regiones agrícolas de dichas zonas respecto de las demás regiones de la Comunidad y la existencia de condiciones de trabajo particularmente deficientes favorecen un éxodo agrícola y rural masivo, que se manifiesta con el tiempo en el abandono de tierras antes mantenidas, y perjudican la viabilidad y el poblamiento de zonas cuya población depende esencialmente de la economía agrícola (Directiva del Consejo de 28 de abril de 1975 sobre la agricultura de montaña y de determinadas zonas desfavorecidas 75/268/CEE) (DOCE, 10 de mayo de 1975).

Del texto se desprende que entonces la preocupación rural era fundamentalmente una preocupación agraria. Se proponía intervenir en la actividad agraria y, de esa forma, se buscaba procurar la mejora de la vida rural. Es continua la referencia en dicha Directiva «a la población dependiente esencialmente de la actividad agrícola». Este principio –la vida rural es función de la vida agraria– ha seguido vivo hasta el momento reciente y ha condicionado la comprensión de la cuestión rural y, en gran medida, el diseño y dirección de las políticas públicas dirigidas a las áreas rurales.

España se une al propósito europeo⁵ y, en 1982, aprueba su Ley de Agricultura de Montaña de acuerdo con el tratado europeo para «hacer posible el desarrollo social y económico, especialmente en sus aspectos agrarios, manteniendo un nivel demográfico adecuado y atendiendo a la conservación y restauración del medio físico como hábitat de sus poblaciones». Casi de inmediato se amplía el ámbito de «montaña» mediante la expresión de zonas equiparables al conjunto de las áreas rurales que se encuentran en situaciones de declive económico⁶.

⁵ La Constitución Española (1978) especifica en su artículo 130.2 que: «a fin de equiparar el nivel de vida de todos los españoles, se dispensará un tratamiento especial a las zonas de montaña».

⁶ Se añaden sobre aquellas definidas a través de su altura y pendiente, consideradas de montaña, otras regiones con limitaciones a la producción agraria, y tímidamente se incluye en un cajón de sastre otras denominadas «específicas», siendo aquellas que presenten indicadores en declive sin que necesariamente estén condicionadas por limitaciones agrarias –que no pueden superar el 10 % del territorio de la UE–.

La entrada en la Comunidad Económica Europea en el momento en que están poniendo en marcha las políticas de desarrollo rural, especialmente con la reforma de la PAC, el desarrollo de ayudas con el segundo pilar y la puesta en marcha del programa LEADER a principios de los noventa, coinciden con cambios en el panorama de sangría demográfica que arrastraban las áreas rurales. Como podemos apreciar, en líneas generales, desde mediados de los años ochenta del siglo pasado hasta la crisis de 2008, que se analizará más adelante, se han venido experimentando entradas de población a las áreas rurales (gráfico 6.5). Los grupos de nuevos residentes, las migraciones de retiro y retorno, la instalación de neorrurales (Rivera, 2007) y, especialmente desde comienzos del siglo XXI, la llegada de población extranjera nutren los flujos de entrada a las áreas rurales.

La profunda crisis de 2008 produce un drástico efecto coyuntural y durante varios años primarán las salidas sobre las entradas. Sin embargo, el efecto de las crisis queda lejos, tanto en duración temporal como en intensidad para poder compararse con los movimientos migratorios campo-ciudad de finales de los cincuenta y principios de los sesenta.

La importancia que tienen las entradas de población hace que en el siglo XXI resulte más preciso hablar de declive demográfico que de despoblamiento. En gran medida, el declive rural guarda relación con la pérdida de capacidad de reproducción interna que experimentan las áreas rurales. El despoblamiento no es tanto una reducción del volumen poblacional como una cierta falta de vitalidad que experimentan las áreas rurales.

La caída generalizada de la fecundidad, que resulta aun más acusada en las áreas rurales (Camarero, 2020), hace que, desde finales de la década de los ochenta del siglo pasado, en el conjunto de los pueblos las defunciones superen a los nacimientos. La llegada de inmigrantes en el arranque del siglo XXI modera en alguna medida la reducción natalista, pero la crisis de 2008 vuelve a contraer la capacidad genésica y las tasas de fecundidad. El dato más actual referido a 2020 señala que la crisis sanitaria incide aun más en esta pérdida vegetativa. Para 2020, hemos estimado una tasa bruta de natalidad para el conjunto de municipios menores de diez mil habitantes del 6,4 ‰, mientras que la tasa bruta de mortalidad se situó en el 12,8 ‰, exactamente el doble. Estas cifras indican que por cada nacimiento hay dos fallecimientos, solo hay un reemplazo de la mitad de la población rural. No obstante, aunque la crisis sanitaria afecta al crecimiento vegetativo la entrada de población rural no se ha visto tan afectada, incluso puede apreciarse un efecto de desplazamiento de población urbana a lugares rurales (Camarero, 2022) (gráfico 6.6).

Lo que nos dicen los datos (gráfico 6.7) es que las áreas rurales han perdido capacidad vital y son fuertemente dependientes de los saldos migratorios. Y en buena parte, esa crisis vital tiene sus orígenes en el proceso de éxodo rural que altera la estructura de las generaciones y reduce la capacidad genésica y sobre ese escenario restrictivo habrá que añadir además el drástico efecto de la caída de la fecundidad de las sociedades contemporáneas. Observemos el gráfico siguiente que muestra la evolución durante las tres últimas décadas de

las estructuras demográficas en los municipios más rurales, aquellos que cuentan con menos de cinco mil habitantes.

En 1991, observamos el reducido peso que tiene el grupo generacional que entonces tenía entre treinta y cinco y cincuenta y cinco años, que se corresponde aproximadamente con la generación de nacidos entre 1936 y 1956, es decir durante la guerra de 1936 y el periodo de posguerra. Al margen de la contracción natalista que supuso la contienda, estas generaciones nacidas durante la posguerra serán los principales protagonistas del éxodo rural al alcanzar su juventud. A finales del siglo xx, la población rural está fuertemente envejecida, pero aun así el efecto del *baby-boom* es apreciable. El grupo de 16-33 años en 1991, es decir, los nacidos durante 1955 y 1975, destacan entre el vacío de las generaciones precedentes que se hicieron urbanas y el progresivo recorte de la fecundidad que reduce las bases de la pirámide. Estas generaciones nacidas durante el periodo del desarrollismo y que en 1991 constituían el soporte de la población rural han ido perdiendo la posición central. En la actualidad se sitúan en la parte alta, acercándose a las edades de retiro, sin que se observe un reflejo de su volumen en las generaciones que constituyen sus descendientes. La fotografía demográfica de 2021 resulta así la de un acusado declive.

Dos elementos añaden intensidad a dicho declive demográfico. Por una parte, la caída de la fecundidad. Las áreas rurales han igualado la fecundidad con las áreas urbanas. En 2020, las áreas rurales⁷ tienen 1,176 hijos por mujer (tasa bruta de reproducción) y las urbanas 1,154 hijos por mujer. Ambos datos están muy alejados de la reposición demográfica que debería superar el valor de dos hijos por mujer. Por otra parte, la persistencia de una emigración juvenil muy selectiva hacia las áreas urbanas, no solo tiene repercusiones en la propia capacidad de reproducción demográfica de la población, sino que también supone un proceso de disminución del talento disponible, en lo que puede denominarse como extractivismo vital.

Los datos muestran una creciente tendencia a la concentración de población joven en áreas urbanas. Pero no solo hay una mayor proporción de jóvenes, sino que es especialmente relevante que dicha concentración guarda relación con el nivel de estudios (gráfico 6.8). Cuanto mayor es el nivel de estudios de los jóvenes mayor es la probabilidad de que residan en áreas urbanas. González y López-Gay (2019) han estudiado la intensidad del extractivismo de talento que sufre una comunidad eminentemente rural, como Castilla y León. Llegan a denominar a esta región como la «fábrica de talento de España» y muestran la importante relación que tienen los estudios como factor de emigración. Destacan el fuerte papel que tienen los municipios de menor tamaño como orígenes en la emisión de talento hacia las áreas urbanas de otras comunidades autónomas.

⁷ Elaboración propia de los indicadores a partir del MNP (INE) para municipios menores de diez mil habitantes.

Hay menos jóvenes y menos capital cultural, pero esta distribución debe considerarse anómala. Es reflejo de la atracción que tienen los núcleos metropolitanos sobre las cohortes más vitales y también de las mejores condiciones laborales que en estos terminan ofreciéndose y donde también la temporalidad es menor. Como podemos observar en el gráfico 6.8, en los municipios menores de diez mil habitantes, uno de cada dos ocupados de 20-34 años es temporal o eventual, mientras que en las áreas metropolitanas esta condición se reduce a uno de cada tres. La correlación entre juventud, formación y temporalidad con el tamaño de hábitat es evidente. López (2021) ha analizado para Castilla y León la presencia del grupo de tardojóvenes o jóvenes adultos (20-34 años) en los núcleos rurales en relación con las distancias a los centros metropolitanos. En sus resultados establece una franja de distancia intermedia asociada con la menor juvenilidad. La cercanía, pero también la lejanía, consiguen retener población joven, mientras que las áreas a media distancia muestran un mayor riesgo de declive demográfico.

Otros indicadores, como los utilizados en el informe anual que realiza el Banco de España (2020), muestran que las diferencias salariales son mayores en áreas urbanas que en las rurales; dicho de otra forma, un mismo trabajo cualificado tiene un salario mayor si se desempeña en un área urbana que en una rural. Estas condiciones marcan bolsas de mayor precariedad laboral y justifican que la serie de temporalidad laboral sea más elevada para los jóvenes que residen en las áreas rurales respecto de las urbanas. En definitiva, se produce una extracción de fuerza laboral y de talento, que condiciona el desarrollo y el futuro de los mercados de trabajo rurales, que destacan por la mayor descualificación de la mano de obra y por la falta del capital cultural que demandan los puestos de la economía del conocimiento.

6.5. REESTRUCTURACIÓN RURAL Y MOVILIDAD

El proceso de modernización en las áreas rurales produce un cambio en las formas de organización económica y también de relación entre las áreas urbanas y rurales conocidos como reestructuración rural (Woods, 2005). Entre estos cambios podemos destacar la importancia creciente que tiene la movilidad laboral y también residencial. A partir de la movilidad se disuelve el carácter local de las comunidades, mientras que la mayor interconexión urbano-rural facilita la emergencia de nuevas formas de consumo, estilos de vida y desarrollo de economías posproductivas que ponen en valor identidades locales.

La desagrarización ha venido seguida de una transformación de las actividades productivas orientadas a nuevas formas de consumo. Es el crecimiento de las economías posproductivas –vinculadas al turismo, la elaboración artesana, los servicios ambientales– y, más recientemente, debido a la intensificación del envejecimiento, el desarrollo de las economías de cuidados. El cambio de actividades ha venido también de la mano de un cambio de funcionalidad de las áreas rurales que han visto reforzado su valor residencial sin necesidad de que exista un vínculo productivo. Se ha disuelto la relación

estrecha entre residencia y trabajo que se establecía en las sociedades agrarias. El desarrollo de la movilidad y, especialmente, la popularización del automóvil han permitido una ampliación espacial de los mercados de trabajo que han perdido su restringido carácter local. Los últimos datos disponibles (Censo de Población, INE, 2011) señalan que algo más de la tercera parte (34,3 %) de los ocupados en municipios rurales se desplaza fuera de los mismos para ejercer su actividad.

Pero no solo hay *commuting* hacia centros urbanos, sino que también existen desplazamientos en dirección inversa. El 26,7 % de los trabajos en los municipios rurales se realiza por alguien que viene diariamente desde un lugar urbano. La subsistencia y el propio funcionamiento de los servicios de las áreas rurales dependen de una densa malla de movilidad bidireccional. Existen tanto desplazamientos desde las áreas rurales hacia las áreas urbanas como desde estas hacia las rurales. Los datos que se han ofrecido son relativamente antiguos y es muy probable que los datos actuales sean significativamente más elevados.

En las áreas rurales se produce una paradoja, al resultar atractivas residencialmente, pero ineficaces en la retención del empleo cualificado que necesitan para su funcionamiento. Por una parte, estas áreas albergan población que alimenta los mercados de trabajo urbano y cuya presencia responde a causas muy variadas, desde grupos de economías modestas que demandan viviendas más asequibles hasta grupos que desarrollan estilos de vida centrados en la diferenciación y en el aprovechamiento de entornos de calidad ambiental o privativos. Por otra parte, las áreas rurales no consiguen retener mano de obra cualificada para el funcionamiento de sus propios servicios, teniendo que depender de trabajadores desplazados en los ámbitos de sanidad, educación, seguridad, etc.

Los datos disponibles muestran algunos patrones residenciales según tipo de ocupación de interés. La tabla 6.2 muestra el balance entre trabajadores que vienen de fuera y residentes que se desplazan fuera de las áreas rurales para trabajar, en función de su situación profesional y rama de actividad. El balance neto es de salida de residentes rurales. Hay un resultado negativo de -8,9 % de residentes sobre el número de puestos de trabajo. El grupo de residentes rurales que trabaja en áreas urbanas se concentra en asalariados tanto fijos como eventuales y en los sectores de servicios y construcción. El sector de servicios, especialmente comercios y banca, viene experimentando una reducción progresiva de su actividad en los núcleos rurales. La construcción ha marcado el tránsito de los trabajadores agrarios –obrero campesino– dentro del ocaso de la ocupación agraria familiar hacia trabajos manuales de baja cualificación que se desarrolla estacionalmente. Trabajos clásicos (Oliva, 1995, 2006) recogen la importancia e intensidad de esta ocupación. Ocurre lo contrario con la industria situada en las áreas rurales que presenta demanda trabajadores, especialmente asalariados, pero también de empresarios. Los datos sugieren el arraigo urbano que mantienen los trabajadores industriales, el denominado grupo de «cuello azul», mientras que, por el contrario, los trabajadores en servicios, que constituyen un grupo amplio, en el que se incluyen profesionales y trabajadores cualificados, tienen unas pautas más abiertas de

localización residencial, que incorporan las áreas rurales mejor comunicadas como hábitat de calidad diferenciado.

Para la ocupación agraria, aunque el balance general sea neutro, resulta significativo el hecho de que experimente saldos positivos en entradas para el grupo de empresarios agrarios. Este dato señala que hay un grupo importante de titulares de explotación agraria que residen en núcleos urbanos. Es una muestra más del progresivo distanciamiento que se produce entre agricultura y entorno rural de este colectivo respecto de las áreas agrícolas.

6.6. REESTRUCTURACIÓN RURAL Y DIVERSIDAD

La diversidad funcional del medio rural ha venido también marcada por una creciente diversidad poblacional. Las corrientes de salida migratoria han venido siendo contrarrestadas por la atracción demográfica de otros grupos poblacionales. Desde finales del siglo pasado, las migraciones de retiro y los denominados nuevos residentes han puesto en valor las características residenciales y ambientales del hábitat rural.

El medio rural ofrece un espacio alternativo de consumo para grupos de jubilados y prejubilados urbanos. El establecimiento residencial o la mera estancia temporal han permitido el desarrollo de economías basadas en la presencia y mantenimiento de la población mayor y de sus viviendas. Es especialmente destacable el peso que ha tenido en muchos lugares el retorno de emigrantes urbanos para la conservación patrimonial e, incluso, para la pervivencia de ciertos oficios vinculados a la rehabilitación y construcción.

Los grupos de nuevos residentes de edades intermedias añaden, a la propia atracción que tiene el hábitat en cuanto calidad de vida, las oportunidades creativas y de innovación que estos lugares ofrecen. Para estos grupos urbanos denominados neorrurales el hábitat es una proyección de estilos de vida que pueden resumirse mediante expresiones que van desde el idilio rural a la *slow life*. Las áreas rurales se transforman mediante la incorporación del lugar a proyectos vitales.

En este sentido lo han expresado Halfacree y Rivera (2012), mediante la idea de una emigración continua que es resignificada por el medio y que a su vez resignifica a través de sus proyectos vitales al mismo tiempo.

Los nuevos residentes participan en gran medida de valores medioambientales que incorporan en distintos momentos: producción de agricultura ecológica, recuperación de semillas, producción artesanal, etc. Por todo ello, el arraigo de nuevos residentes en enclaves rurales en proceso de despoblación puede ser un indicativo de la fortaleza del tejido socioeconómico del lugar, a la vez que «nos avanzan» los cambios y tendencias que se están produciendo en el ámbito del mundo rural en tanto en cuanto introducen nuevos valores, costumbres, negocios, etcétera (Rivera, 2020).

Durante el siglo XXI se añade otra fuente fundamental de diversidad y de transformación de las poblaciones rurales. Al igual que sucede para el conjunto

de España, también las áreas rurales experimentan la entrada de un numeroso colectivo de inmigrantes que proceden del extranjero y que se incorporan al mercado de trabajo y también, no hay que olvidarlo, a la vida ciudadana. En las áreas rurales, la agricultura, pero también la economía de cuidados y el mantenimiento de pequeños servicios locales constituyen una oportunidad para el establecimiento de población joven y activa, así como para el arraigo de grupos familiares, con procedencias dispares y culturas diferentes.

El peso que tiene la entrada de extranjeros en las áreas rurales es importante hasta el punto de que supone una fuente notable de renovación y de mudanza de la población rural. Las aproximaciones realizadas señalan que más de la quinta parte de las nuevas generaciones rurales, el grupo de menores de trece años, tienen procedencia foránea (Camarero y Sampedro, 2020).

Frente a la retrotopía, como denomina Bauman (2017) a la añoranza por el pasado y al imaginario de mundos perdidos que domina la representación que algunos discursos sobre la despoblación hacen de la vida rural, encontramos fuentes de diversidad, que en las áreas rurales tienen, si cabe, un potencial mayor de transformación. Hay un cosmopolitismo rural que es habitualmente negado, que queda alejado del imaginario del desarrollo rural. Esta falta de reconocimiento dificulta los procesos de arraigo de una población compuesta de grupos familiares jóvenes con potencial natalista (Sampedro y Camarero, 2020).

6.7. CONCLUSIÓN. EL DILEMA DE LOS MERCADOS DE TRABAJO RURAL

Plurifuncionalidad, diversidad y movilidad no permiten, sin embargo, cambiar el carácter, casi secular, de las áreas rurales, como bolsas de empleo precario, ni tampoco salvar la brecha, casi permanente, en términos de renta, para las poblaciones jóvenes. Encontramos que hay un espectro amplio de oportunidades laborales, hasta el punto en que las áreas rurales incluso atraen trabajadores que residen en áreas urbanas. Observamos que hay una diversidad cultural que permite la innovación y el desarrollo de nuevas actividades y que genera formas de consumo distintas. Detectamos, además, que los mercados de trabajo amplían a partir de la movilidad, para algunos colectivos, su radio de atracción más allá de los espacios residenciales. Pero mientras destacamos todas estas ventajas y oportunidades de cambio e innovación constatamos pocos indicios de minoración en la persistente brecha urbano-rural (Camarero y Oliva, 2019).

Así, a pesar del potencial que tienen las áreas rurales para el desarrollo, los indicadores se revelan resistentes en la mejoría de las condiciones laborales. El empleo rural sufre, y la proporción de hogares con baja proporción de empleo es elevada. Al menos uno de cada diez hogares con población activa no tiene actividad durante más del 80 % del potencial de trabajo anual (gráfico 6.9). Como comprobamos a través de los datos, el efecto que ha tenido la Gran Depresión de 2008 en el tiempo ha sido, además de elevar las tasas de hogares con baja proporción de empleo, el de ampliar el diferencial de carestía de empleo respecto a las áreas urbanas.

En líneas generales, la precariedad laboral de las áreas rurales resulta crónica y se transmite en un conjunto de brechas salariales. La brecha de género en áreas rurales se amplifica (tabla 6.3). Los datos de ingresos⁸ muestran claramente la penalización que sufre la población rural con ingresos que son un 87,5 % de los que tienen los residentes urbanos. Es especialmente notoria la penalización que experimentan las mujeres, un 82,2 % en relación los hombres, casi un 20 % de brecha. En definitiva, los ingresos de una mujer rural son el 72,3 % del que tienen los hombres rurales, y un 79,7 % del salario de las mujeres urbanas. Encontramos aquí una parte de la explicación para comprender la masculinización rural.

Otra línea que interviene en el diferencial de rentas son los estudios. Los datos son muy reveladores al respecto. La tendencia que se observa y que hemos venido detallando tiene que ver con una descualificación progresiva de las áreas rurales o, dicho de otra forma, con un proceso que bien podría denominarse extractivismo en términos de talento. Y así podemos corroborarlo ahora de otra manera. La tabla 6.4 señala que mientras los jóvenes de áreas rurales con bajos niveles formativos no encuentran diferencias salariales respecto a los urbanos de la misma condición, incluso obtienen una mejora relativa, para los niveles de mayor cualificación el hábitat supone una penalización importante, una brecha salarial que roza el 20 %.

La desagrarización ha permitido la apertura y transformación de los mercados de trabajo rurales. Sin embargo, no ha conseguido aproximar las condiciones de acceso al trabajo en términos de igualdad respecto a las áreas urbanas. Las bolsas de precariedad y menores oportunidades de empleo rurales que han sido el motor para la transformación socioterritorial y configuración de un modelo de economía urbana se han mantenido también una vez terminado el proceso de desagrarización.

En las áreas rurales, el trabajo agrario viene a sustituirse por actividades con baja demanda de cualificación –actividades de transformación alimentaria y servicios ambientales, pero también de servicios en general y de economías de cuidados–. Ya no es el diferencial de rentas por sector, sino el diferencial de cualificación donde se mantienen las desigualdades de oportunidad urbano-rural.

La evolución desde finales del xx muestra el abandono productivo rural. A la vez que las áreas rurales se desagrarizan quedan también progresivamente apartadas de los procesos vinculados a las economías del conocimiento que se soportan a través de las industrias de comunicación y desarrollo del talento. Bajo el modelo de nueva ruralidad, las áreas rurales siguen siendo una periferia productiva.

⁸ Para las tablas 6.3 y 6.4 se han utilizado los datos referidos a 2019 dada la excepcionalidad que 2020 supuso en términos laborales.

Que el nivel de estudios continúe siendo un elemento explicativo del abandono residencial y que las actividades profesionales y cualificadas, generalmente las vinculadas al sector público, atraigan *commuters* de las áreas urbanas son síntomas claros de un modelo económico que dificulta el arraigo poblacional en igualdad de condiciones.

Esta periferialización socioproductiva que sufren las áreas rurales se hace patente en el malestar creciente que bajo el lema de la «España Vacía» desde distintas organizaciones cívicas y políticas viene a señalar las carencias de nuestro modelo de desarrollo.

BIBLIOGRAFÍA

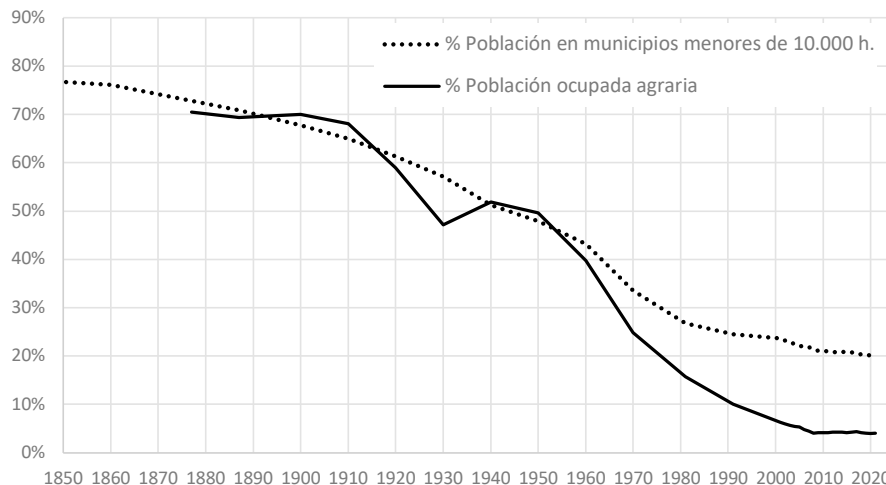
- Arnalte, Eladio (2006). *Políticas agrarias y ajuste estructural en la agricultura española*. Madrid: Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.
- Abad, Carlos y Naredo, José Manuel (2002). Sobre la «modernización» de la agricultura española: de la agricultura tradicional hacia la capitalización agraria y dependencia asistencial. En: González, J. J. y Gómez, C. (eds.). *Agricultura y sociedad en el cambio de siglo*. Madrid: McGraw Hill.
- Banco de España (2020). *Informe Anual 2020*. Madrid: Banco de España.
- Bauman, Zigmunt (2017). *Retrotopía*. Barcelona: Paidós.
- Camarero, Luis y Oliva, Jesús (2019). «Thinking in rural gap: Mobility and social inequalities». *Palgrave Communications*, 5(95), pp. 1-7. doi: 10.1057/s41599-019-0306-x
- Camarero, Luis y Sampedro, Rosario (2020). «La inmigración dinamiza la España rural». *Observatorio Social de La Caixa*, 9, pp. 18-24.
- Cavestany, Rafael (1955). «Menos Agricultores y Mejor Agricultura». *Revista de Estudios Agrosociales*, 13, pp. 7-34.
- Elzaburu, Fernando de (1974). El nuevo empresario. En: *La crisis de la agricultura tradicional en España. La nueva empresa agraria*. Madrid: Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos.
- Etxezarreta, Miren (1994). «Trabajo y agricultura: los cambios del sistema de trabajo en una agricultura en transformación». *Agricultura y Sociedad*, 72, pp. 121-166.
- Garrido, Luis y Chuliá, Elisa (2020). «La ocupación en el sector agrario: trayectoria y actualidad». *Panorama Social*, 31, pp. 113-124.
- García Barbancho, Alfonso (1967). *Las migraciones interiores españolas. Estudio cuantitativo desde 1900*. Madrid: Instituto de Desarrollo Económico.
- González, Juan Jesús y Gómez, Cristóbal (2000). «Profesión e Identidad en la Agricultura Familiar Española». *Revista Internacional de Sociología*, 27, pp. 41-69.

- González Leonardo, Miguel y López-Gay, Antonio (2019). «Emigración y fuga de talento en Castilla y León». *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 80. doi: <https://doi.org/10.21138/bage.2612>
- Halfacree, Keith y Rivera, María Jesús (2012). «Moving to the countryside... and staying: Lives beyond representations». *Sociologia Ruralis*, 52(1), pp. 92-114.
- Jiménez Blanco, José Ignacio (1986). Introducción. En: R. Garrabou; C. Barciela y J. I. Jiménez Blanco (eds.). *Historia Agraria de la España Contemporánea. 3. El fin de la agricultura tradicional (1900-1960)* (pp. 9-141). Barcelona: Editorial Crítica.
- López González, Alejandro (2021). «Vulnerabilidad demográfica y distancia a grandes ciudades: consecuencias sobre la población adulta-joven en Castilla y León». *Estudios Geográficos*, 82(291), e087.
- Naredo, José Manuel (1986). La agricultura española en el desarrollo económico. En: Garrabou, R.; Barciela, C. y Jiménez Blanco, J.I. (eds.). *Historia Agraria de la España Contemporánea. 3. El fin de la agricultura tradicional (1900-1960)* (pp. 455-498). Barcelona: Editorial Crítica.
- Oliva, Jesús (1995). «Trabajadores manchegos en el mercado de trabajo de la construcción madrileña: la cristalización del commuting laboral rural-urbano de larga distancia en un contexto de reestructuración rural». *Agricultura y sociedad*, 75, pp. 215-243.
- Oliva, Jesús (2006). «Movilidad laboral y estrategias de arraigo rural». *Revista española de estudios agrosociales y pesqueros*, 211, pp. 143-188.
- Oliveira Batista, F. (2021). *Agricultura, Terra, Rural. Tempos de Mudança*. 100 Luz.
- Pedreño, Andrés; Gadea, Elena y Castro, Carlos de (2014). Labor, gender, and political conflicts in the global agri-food system: The case of the agri-export model in Murcia, Spain. En: Bonanno, A. y Salete Cavalcanti, J. (eds.). *Labor Relations in Globalized Food*. Emerald.
- Rivera, María Jesús (2007). *La ciudad no era mi lugar: los significados residenciales de la vuelta al campo en Navarra*. Universidad Pública de Navarra, Servicio de Ediciones.
- Rivera, María Jesús (2020). «Arraigo de nuevos residentes y revitalización rural: posibilidades y limitaciones de una relación simbiótica». *Panorama Social*, 31, pp. 75-85.
- Sampedro, Rosario y Camarero, Luis (2020). Foreign immigration to Rural Spain: An exploration of the Precarious Rural Cosmopolitanism in the Post-Crisis Scenario. En: Döner, F.; Figueiredo, E. y Rivera, M. (eds.). *Crisis and Postcrisis in Rural Territories. Social Change, Challenges and Opportunities in Southern and Mediterranean Europe*. Springer.

- Silvestre, Javier (2001). «Viajes de corta distancia: una visión espacial de las emigraciones interiores en España, 1877-1930». *Revista de Historia Económica*, 19(2), pp. 247-286.
- Silvestre, Javier (2002). «Las emigraciones interiores en España durante los siglos XIX y XX: una revisión bibliográfica». *Ager*, 2, pp. 227-248.
- Woods, Michael (2005). *Rural geography: Processes, responses and experiences in rural restructuring*. Sage: London.

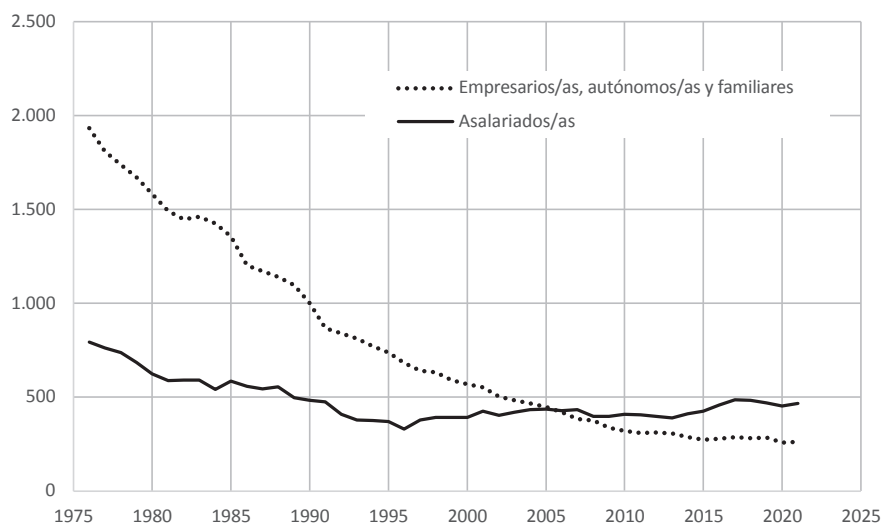
ANEXO

GRÁFICO 6.1. *Evolución de la población agraria y de la población rural*



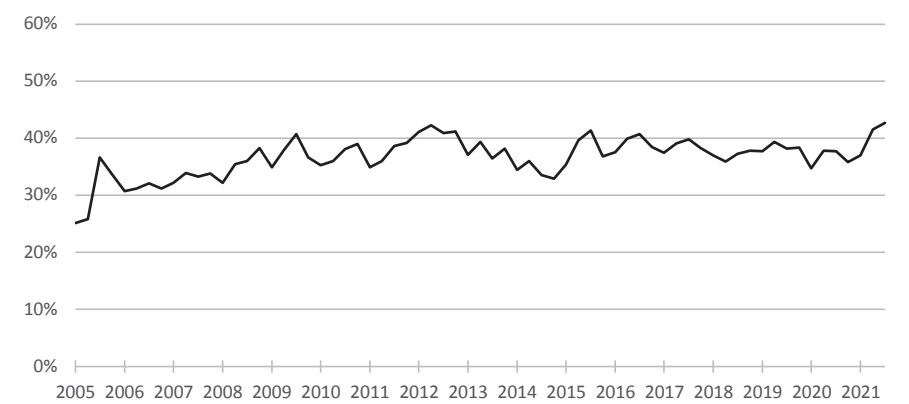
Fuente: Población. Censos de Población y Padrones Continuos. Ocupación Agraria: Censos de Población y EPA.

GRÁFICO 6.2. *Evolución de los activos agrarios según situación profesional*



Fuente: EPA. INE. Elaboración propia.

GRÁFICO 6.3. *Proporción de asalariados agrarios que han nacido en el extranjero*



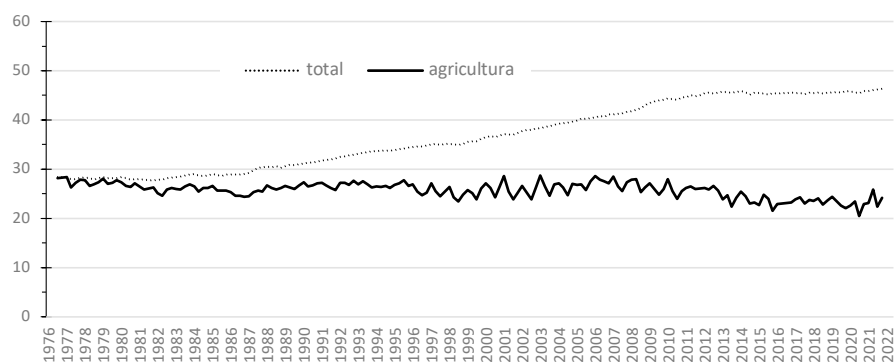
Fuente: EPA. INE. Elaboración propia.

TABLA 6.1. *Evolución del porcentaje de mujeres ocupadas en cada sector de actividad*

	1977-1979 A	2019-2021 B	Ratio B/A
Agricultura	27,4	23,1	0,8
Industria	23,1	26,8	1,2
Construcción	2,2	8,9	4,0
Servicios	37,8	53,7	1,4
Total	28,2	45,8	1,6

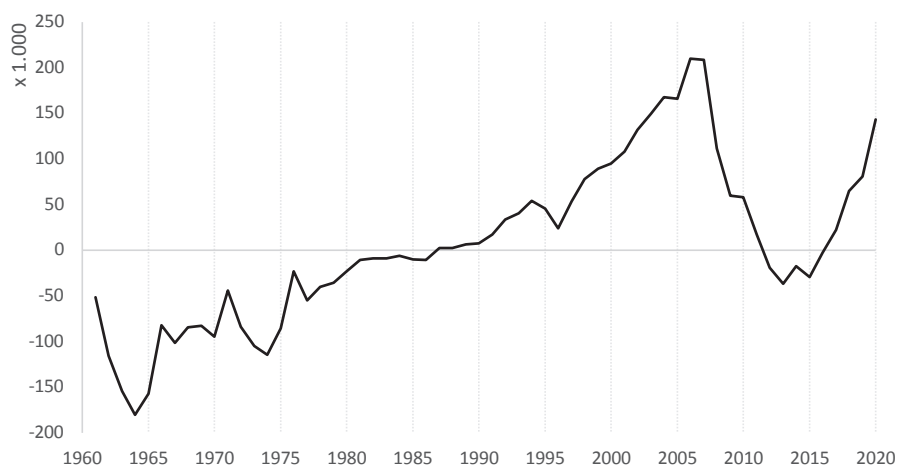
Fuente: EPA. INE. Elaboración propia.

GRÁFICO 6.4. *Evolución del porcentaje de mujeres ocupadas en agricultura*



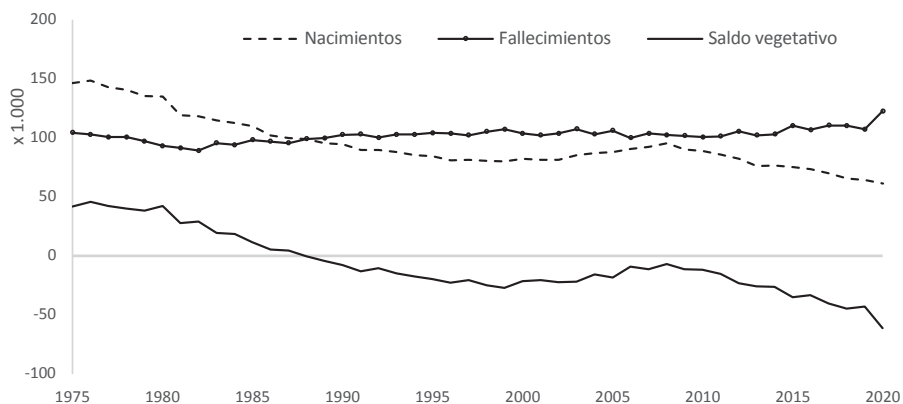
Fuente: EPA. INE. Elaboración propia.

GRÁFICO 6.5. *Saldos migratorios 1962-2020 en municipios menores de diez mil habitantes*



Fuente: Estadística de Variaciones Residenciales. INE. Elaboración propia.

GRÁFICO 6.6. *Evolución del crecimiento vegetativo rural*

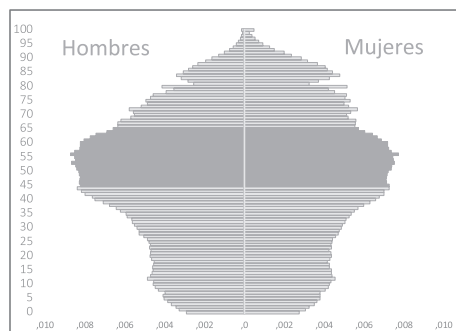
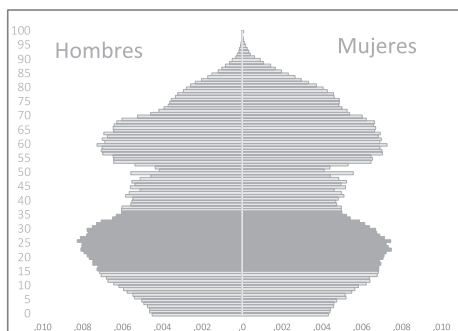


Fuente: MNP y EVR. INE. Elaboración propia.

GRÁFICO 6.7. *Comparación de las estructuras demográficas de los municipios menores de cinco mil habitantes*

1991

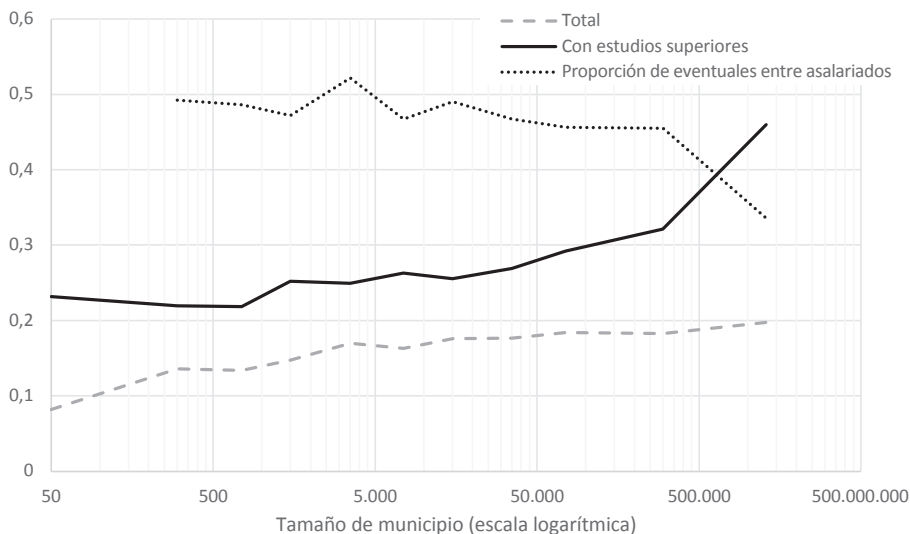
2021



Nota : En color más oscuro puede observarse la generación de nacidos entre 1955-1975.

Fuente: Censo de Población 1991 y Padrón Continuo 2021. INE. Elaboración propia.

GRÁFICO 6.8. *Proporción del grupo de 20-34 años según el tamaño de hábitat. Total, con estudios superiores y asalariados eventuales (2020)*



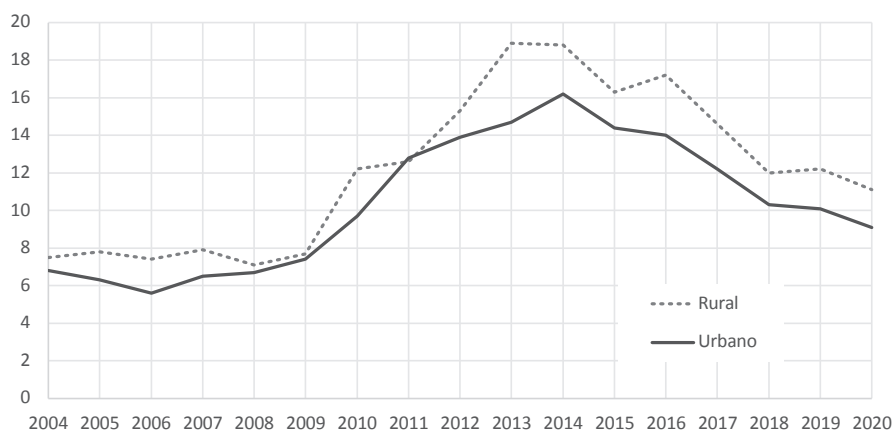
Fuente: Encuesta Continua de Hogares, 2020. INE. Elaboración propia.

TABLA 6.2. *Salos de desplazamientos residencia-trabajo por situación profesional y sector de ocupación en municipios rurales. Tasas en tantos por ciento sobre residentes rurales ocupados*

	Empresario que emplea personal	Empresario que no emplea personal	Trabajador fijo o indefinido	Trabajador eventual o temporal	Ayuda familiar	Miembro de cooperativas	Total
Agricultura, ganadería y pesca	3,1	1,4	-1,2	-2,5	-2,5	3,5	-0,2
Construcción	-5,4	-5,8	-8,1	-8,5	-8,0	-3,3	-7,4
Industria	5,8	-0,9	10,6	5,8	-0,6	11,0	8,6
Servicios	-11,6	-9,4	-18,2	-13,8	-8,1	-10,8	-15,6
Total	-6,1	-5,3	-10,4	-8,9	-6,0	-0,6	-8,9

Fuente: Censo de Población 2011. INE. Elaboración propia.

GRÁFICO 6.9. *Hogares con baja proporción de empleo (2004-2020)*



Fuente: Encuesta de condiciones de vida. INE.

TABLA 6.3. *Ingresos mensuales netos totales (2019) por hábitat y sexo. Población entre 25 y 39 años*

	Urbano	Rural	Total	Ratio (R/U)
Hombres	1347	1259	1325	0,935
Mujeres	1141	911	1089	0,797
Total	1240	1085	1204	0,875
Ratio (M/H)	0,848	0,723	0,822	

Fuente: Encuesta de presupuestos familiares. INE. Elaboración propia.

TABLA 6.4. *Ingresos mensuales netos totales (2019) por hábitat y nivel educativo. Población entre 25 y 39 años*

	Urbano	Rural	Total	Ratio (R/U)
Inferior a la primera etapa de Educación Secundaria	735	739	764	1,005
Primera etapa de Educación Secundaria	947	993	961	1,049
Segunda etapa de Educación Secundaria	1127	1133	1128	1,005
Educación Superior	1455	1201	1407	0,825
Total	1240	1085	1204	0,875

Fuente: Encuesta de presupuestos familiares. INE. Elaboración propia.